Precios de Suscripción

Gerona.... 1'50 Ptas. Trimt.re
Fuera..... 2'00 id. id.
Extranjero. 3'00 id. id.

Anuncios y Remitidos á precios convencionales.

No se admite colaboración expontánea.

CIUDADANÍA

Semanario Republicano Autonomista

Solo se insertarán escritos en defensa propia ó denunciando abusos, injusticias, etc., y siempre bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

Toda la correspondencia al Director

AÑO II | SEGUNDA ÉPOCA | Gerona, 26 de Febrero de 1911 | REDACCION Y ADMINISTRACION: «Unión Republicana».—Calle del Carmen | Núm. 7

La monotonía de la vida

Cuanto más se avanza de buena fe por la senda de la existencia, más se cree en la verdad, en la belleza y en la profundidad de las leyes más humildes y más cotidianas de la vida. Aprendemos á admirarlas con exactitud por lo mismo que son tan generales, tan uniformes y tan cotidianas.

Buscamos y esperamos cada vez menos lo extraordinario, porque pronto reconocemos que lo que hay de más extraordinario en el vasto movimiento apacible y monótono de la naturaleza son las pueriles exigencias de nuestra ignorancia y de nuestra vanidad. No pedimos sucesos extraordinarios y maravillosos á las horas que pasan, porque los acontecimientos maravillosos no llegan más que á los que aún no tienen confianza en sí mismos ó en la vida. No esperamos pacientes un acto sobrehumano, porque nos sentimos ligados en todos los actos humanos. No pretendemos que el amor, la amistad y la muerte se nos presenten cargados de ornamentos imaginarios, rodeados de coincidencias y de presagios prodigiosos, porque sabemos ya acogerlos en su simplicidad y desnudez reales. Al fin sentimos el convencimiento de que se puede encontrar el equivalente del heroismo y de todo lo que constituye á los ojos de los débiles, de los inconscientes y de los inquietos lo sublime y lo excepcional, en la existencia brava y completamente aceptada.

Dejamos de creernos el hijo único y preferido del universo; pero aumentamos nuestra conciencia, esclarecemos nuestra sonrisa y nuestra serenidad con todo aquello de que hemos despojado á nuestro orgullo.

Cuando hemos llegado á este punto, las aventuras milagrosas de una Santa Teresa ó de un San Juan de la Cruz, el éxtasis de los místicos, los incidentes sobrenaturales de los amores legendarios, la estrella de un Alejandro ó de un Napoleón nos parecen bien pueriles ilusiones, comparadas á la sencilla y sana lealtad de una sabiduría humana y sincera, que no sueña en elevarse sobre los hombres para sentir lo que á ellos les está vedado, pero que sabe hallar en lo que todos sentirán lo necesario para expansionar su pensamiento y su corazón. No es pretendiendo ser otra cosa que un hombre como podemos ser un hombre verdadero.

¡Cuántos seres gastan así su vida esperando la aparición de un cometa inverosímil, sin pararse jamás á contemplar los demás astros, porque son vistos de todos y porque son innumerables! El deseo de lo extraordinario es á menudo el gran mal de las almas ordinarias. Por el contrario, puede decirse que cuanto más normal, general y uniforme nos parece lo que nos sucede, más fácilmente discernimos y amamos las profundidades y alegrías de la vida, en esta misma generalidad, más nos acercamos de la tranquilidad y verdad de la gran fuerza que nos anima. Nada hay, por ejemplo, menos extraordinario que el Oceano, puesto que cubre las dos terceras partes de nuestro globo y sin embargo nada hay tampoco más vasto. No hay en el hombre un pensamiento, un sentimiento bello, un acto de grandeza, que no pueda sustentarse en la simplicidad de la existencia más normal; y todo lo que en él no puede hallar lugar pertenece aún á las mentiras de la pereza, de la ignorancia ó de la vanidad.

MAURICIO MAETERLINCK

(Traducido expresamente para CIUDADANÍA de su reciente libro «La sagesse et la Destinée».)

"TEMPLEMOS LAS ALMAS IGUAL QUE LOS SABLES" (1)

A J. Pérez Andreu,
Oficial del Ejército.

Su conferencia, mi lejano amigo, es una ofrenda perfumada de ideal. Sus palabras son las de un espíritu inquieto, que no se resigna á la monotonía, que anhela acciones fecundas y generosas en la paz. Por eso trueca V., de tiempo en tiempo, como el manco inmortal, la espada por la pluma y como la espada, noble es la pluma en sus manos.

Claramente se echa de ver en su trabajo la lucha interior ante los convencionalismos que el medio y la profesión indefectiblemente imponen; pero, que quiera que no, la valentía y la sinceridad se translucen en sus palabras. Por estas raras cualidades, por la brillantez y originalidad de su estilo y porque sus fines son altamente educativos, el publicista militar don Ricardo Burguete ha de ver sin duda con suma complacencia la respetuosa dedicatoria de la disertación, que, si de algo peca, es de corta.

Algunos peros pondría yo, amigo Pérez Andreu, á su notable trabajo. V. pone parte de sus ideales fuera de nuestro solar ibérico; V. piensa en la irradiación del alma nacional hacia otros territorios. Todo mi respeto para su sentir; mas yo creo que ante todo hemos de emprender la labor indefinida de conquistarnos á nosotros mismos, de rehacer nuestro espíritu en la virtud de la intimidad laboriosa. Para ello, amigo mío, lo que primero precisa es concentrar todas nuestras energías en nuestra patria, cuyos males han de avivar nuestro cariño, cariño que no sea retórico, ni romántico, ni matizado de tristezas, sino que agite más el corazón, y dé más fuerza á los brazos que han de abrir el surco y lanzar la semilla humilde y divina, y comunique una vibración más poderosa á nuestro pensamiento. ¿No ve V., mientras pensamos en nuevas aventuras, nuestros campos abandonados, los trabajadores en éxodos interminables hacia tierras de promesa, y la miseria, cada día más terrible, que trae inevitablemente consigo la pérdida de los que laboran y consumen?

Disiento también de V. cuando V. nos habla de contener la «arrolladora fuerza del socialismo alemán» (socialismo internacional, querrá V. decir). El socialismo es un hecho que se impone. Sus enseñanzas vienen en los libros y en los periódicos y forman parte de nuestro ideal ambiente. ¿Cómo impediríamos su difusión? Además, que las ideas socialistas al ganar terreno en las naciones adelantadas pierden su primitiva agresividad, su carácter de protesta y pasan á reinar armoniosamente en el mundo, con la lentitud necesaria para mantener el equilibrio social, á través de leyes sabias hechas por hombres que, teniendo en cuenta las necesidades del presente, avizoran ya y preparan, para que otros hombres vengan á implantarlo, lo futuro. ¡Pero si V. mismo nos hace después el elogio de Lloyd George y evoca briosamente á quien sepa imitarlo entre nosotros para que las inmensas extensiones de tierra sin explotar pertenezcan á quien las cultive!

Yo bendigo el socialismo porque veo en él una garantía de la tan deseada paz entre los hombres.

Ciertamente; no se trata del socialismo de los clericales, con todos los privilegios existentes, inspirado en la estéril caridad organizada cuyo concomitante es siempre la injusticia; ni se trata tampoco del comunismo revolucionario que, teniendo su orígen en la desesperación, prescinde de las leyes y aspira á arrasarlo todo para edificar sobre las ruinas la ciudad soñada. V. conoce perfectamente las declaraciones de Clemenceau y no ignora, por consiguiente, que es realizable el ensueño de la patria universal, la fraternidad entre todos los pueblos, sin destruir, antes vigorizándolas, las pequeñas patrias, los núcleos humanos depositarios de tradiciones espirituales, guardadores de ideales y de fe en esos ideales que ya van realizándose por el solo hecho de creer en su posibilidad fervorosamente...

La pluma, en el silencio de la noche, va deslizándose sobre el papel y otras observaciones va sugiriendo la conferencia de V.; pero libros y papeles confusos y revueltos sobre la mesa en que escribo me recuerdan que diversos trabajos reclaman mi actividad.

Hago punto, pues, querido colega, deseando muy de veras que sus palabras abran heridas, despierten afanes de redención y muevan los hombres al estudio y al trabajo á fin de aportar cada uno un poco de esfuerzo á la obra de reconstruir España, para la cual es necesario que las individualidades se afirmen á sí propias, se diferencien y se engrandezcan para confundirse luego en la gran labor que á todos nos solicita y que ninguno de nosotros, solidario á la vez de los hombres que fueron y de los que vendrán á substituirnos, moralmente puede rehuir.

CARLOS RAHOLA

(1) Conferencia leída á la Oficialidad del Batallón de Cazadores «La Palma».

El Juramento antimodernista

Los sacerdotes han jurado...

Su Santidad puede estar satisfecha. El juramento antimodernista ha sido prestado por casi todos los sacerdotes franceses sin resistencia visible, sin protesta franca. ¡Qué habían de hacer los pobres clérigos! Era preciso obedecer ó renunciar á su ministerio, abandonar el presbiterio, perder la sotana, convertirse en verdaderos parias sociales, en tristes «defroqués»... Así, pués, han jurado. Los más doctos, los más liberales, los que mejor conocen la gran verdad, grandemente evangélica, de la exégesis de Loisy, han tenido que «condenar y repudiar», con una «confianza ciega», las imposturas nuevas y jurar que «admiten los milagros y las profecías como signos seguros de la verdad revelada»; que reconocen «la mentira de la evolución de los dogmas y la falsedad del desarrollo indefinido de la conciencia humana»; todos, todos, han tenido que firmar el mismo papel, abdicando de su libertad espiritual, dejando de ser pastores, para convertirse en miembros de un rebaño...

—¡Si usted hubiera visto la tristeza de la ceremonia!—me dice un sacerdote joven, de espíritu libre y de alma mística, que ha tenido que asistir, como todos los demás, á la humillan palinodia de su parroquia—. ¡Si hubiera usted visto!.. Los sacerdotes que se encontraban ahí no eran curas de aldea, con almas simples, sino verdaderos doctores, que han leído todo lo relativo al debate y que saben muy bien que mienten al negar la evolución del dogma y al asegurar la veracidad de las profecías en general. Con los ojos se interrogaban unos á otros, antes de firmar. Todos tenían el mismo semblante doloroso, abatido, desilusionado. Todos, así como suena, todos, todos, pensábamos en aquel momento que si, antes de la ordenación, se nos hubiera exigido el juramento no lo habríamos hecho y habríamos optado por otra carrera. Mas hoy, que hemos llevado la sotana, ¿qué podemos esperar de la vida?... El mundo está educado de tal modo que, instintivamente, considera al sacerdote que abandona el hábito como á un réprobo, como á un malvado, como á un ser del cual hay que huir... ¡Si!... ¡Si!... Aun los más grandes y los más santos, han sufrido de su lealdad cuando, no creyéndose ya de acuerdo con Roma, han complido el deber de dejar la sotana. Ahí tiene usted el ejemplo doloroso del sabio y ferviente padre Loisy, que sufre de los sarcasmos de la multitud sólo porque es un «defroqué». Si nosotros no temiéramos esos sarcasmos creo que por lo menos en Paris y en las grandes ciudades universitarias, nos habríamos negado á firmar el juramento antimodernirta, por ser contrario á la conciencia moderna.

—¿Y no cree usted—le pregunto—que, á pesar de todo, habrá muchos casos de resistencia?

—Muchos, no .. Algunos ha habido, y aún habrá algunos más... Pero en todo no pasarán de una docena... Nuestros obispos, muy hábiles, han inventado una fórmula para calmar los escrúpulos de nuestras conciencias. Cuando nos entregan el papel fatal, nos dicen que debemos firmarlo sin leerlo siquiera, por obediencia. Y agregan que los militares nos dan el ejemplo cuando, por disciplina, ejecutan las consignas más contrarias á sus convicciones. «Somos una milicia —exclaman—, y nuestra obediencia

BIBLIOTECA PÚBLICA GIRONA

memoriadesguerra.cat — Ciudadanía [Girona, 1910-1911], 26/2/1911, pàgina 1